

Dijo: y de las falanges prepotentes  
 Un grito de entusiasmo levantóse:  
*¡Salud al héroe, á Cuahutimoc invicto!*  
*¡Salud y gloria al animoso jóven!*

*¡Guerra al profano, al extranjero pérfido*  
*Manchado en sangre, en raptos y traiciones!*  
*¡Guerra al impuro, al impostor sacrílego*  
*Que á Dios usurpa el sacrosanto nombre!*

Al tronar el terrífico anatema,  
 Bramó el Popocatépetl: los temblores  
 Sacudieron el suelo por tres veces:  
 Y el ábrego espantable, de los montes

Hizo rodar las piedras y los troncos;  
 Arrancando los cedros y los robles,  
 Y el celeste hemisferio coronando  
 Con un capuz de negros nubarrones.

Cuitláhuac, con el príncipe y la reina,  
 Entre perfumes, himnos y canciones  
 De guerreras hazañas, glorias póstumas  
 De sus abuelos, ínclitos varones,

Se tornan, pues, al imperial palacio.  
 =En tanto, Tizoc mueve las legiones  
 Y envuelve entre las alas del ejército  
 Los guarnecidos muros españoles.

=Mientras, en ellos, las terribles mantas  
 Se aprestaban de vigas y tablones: <sup>61</sup>  
 Castillos ambulantes que movía  
 De ochenta aliados la potencia enorme.

Resueltos los iberos capitanes  
 A morir peleando como hombres,  
 Mas bien que á perecer entre los muros  
 Víctimas de la hambre; decretóse

Hacer una salida con las máquinas;  
 Aquellos manteletes ú altas torres  
 Cargadas de mortal infantería,  
 Y con troneras leves, desde donde

Defendida de flechas y de dardos,  
 Con los corceles de consuno obren,  
 Y las lanzas, espadas, y ballestas,  
 Y el fuego, en fin, de los tonantes bronces.

Las falanges de aliados deberian  
 Formar dos alas, siendo sus labores:  
 De la primera, auxiliar constante  
 La columna de hispanos guerreadores:

De la segunda, improvisar los puentes  
 (Que alzado habia por suprema orden  
 Del general, el enemigo azteca);  
 Terraplenar los fosos obstructores,



Y propagar doquier con cien antorchas  
 (Ah! y estos se llamaban los apóstoles!...)  
 Un fuego en que consuman casa á casa,  
 Edificio á edificio, torre á torre.

Dado este plan, se aprestan, guarneciendo  
 En desconfianza del osado golpe,  
 Las almenas y torres del palacio  
 Con parte de la gente y los cañones.

En seguida se forma la columna.  
 Cortés la manda en gefe: sus facciones  
 Estaban alteradas: mas sus ojos,  
 Brillantes como brasas, sus rencores

Explicaban, cual suelen los del tigre,  
 La rabia natural que le corroe.  
 Sobre un corcel coloso de azabache,  
 Anchos encuentros, continente noble,

Planta breve, ojo vivo y cuello arcado,  
 Cuyas profusas crines en desórden  
 Y la espumosa boca, bien espresan  
 Que al caballero anima á que se arroje;

Iba el caudillo, armado punta en blanco;  
 El rostro altivo y arrogante el porte,  
 La rodela embrazada, lanza en ristre,  
 Pendiente al cinto la cuchilla enorme.

Ordaz y Olid, con Pedro de Alvarado  
 Y Sandoval, en pos, sobre trotones  
 De afamada ascendencia, iban, armados  
 Del mismo modo, vigilando el órden.

---

Mas las contrarias huestes al mirarles  
 Retrocedido habian. Entendióse  
 Por desaliento, y en su vano triunfo,  
 A perseguirlas parten á galope.

¡Ni un solo azteca!....— Ah! bajo los trópicos  
 Ni una ráfaga tenue de vapores  
 Surca la esfera, ni un celaje vago  
 Mancha el cristal azul del horizonte....

Mas de repente brotan simultáneas  
 Nieblas sin fin de los gigantes montes,  
 Cubre el cristal azul, dosel de muerte,  
 Capa doblada en negros nubarrones.

Y giran en sus senos, encendidos,  
 Los flamígeros rayos voladores,  
 Que la hidrópica entraña desgarrando,  
 Ígneos detonan conmoviendo el orbe:



Así, cuando la ibérica columna  
Bastante desviada reconocen  
Las ocultas falanges perseguidas,  
Dan el grito de "guerra," y caen de un golpe.

Contestando los bélicos clarines  
Y las trompas guerreras y atambores,  
La lid se compromete; arden los muros  
Y la columna á los aztecas rompe.

Los manteletes en su lento paso  
Mas terribles se ostentan, mas imponen.  
Vedles:—Brotando por sus cien troneras  
Fuegos certeros, ciento á ciento absorven,

Las vidas de guerreros indomables,  
De los mas afamados lidiadores.  
Aquí se lanza el grueso de corceles  
Y arrollando las haces, las traspone.

Y mas allá mortífera metralla  
Abre anchas brechas en los tercios dobles;  
Dejando en pos la destruccion, la muerte,  
Al fulminar los rimbombantes broncees.

A la columna de templado acero,  
El heroismo generoso opone  
En vano el fuego del desnudo pecho  
Do las espadas sin piedad se esconden.

Todo es desolacion: todo lo arrasan  
Los mosquetes, las lanzas, los estoques,  
Todo lo tragan las siniestras llamas  
Al arrastrar sus rojos resplandores:

Lamiendo con sus lenguas amarillas  
Los templos, fortalezas, torreones,  
Doquier hallando el tan funesto pábulo  
En puertas, en tejados, artesones.

Parece que los ángeles precitos  
Animan á los mil conquistadores  
Que, invulnerables bajo el fino acero,  
Vencen doquier, doquier se sobreponen.

¿Qué vale el heroismo? qué el esfuerzo?  
Decidme ahora: si contrasta el hombre  
Que cuenta solo un corazon de fuego,  
El frio acero, el encendido bronce?

Qué vale? yo os respondo:—Alzad la vista,  
Mirad entre las llamas de las torres  
A Cuahutimoc, á Tizoc, á Cuitláhuac,  
A ciento mas, que arrancan los pedrones

De los desechos muros, descargándolos  
Sobre los manteletes, y que al golpe  
Los desgajan, cual Júpiter con rayos,  
De los titanes los excelsos montes. <sup>62</sup>



Abandonadas las fatales máquinas,  
Heridos los infantes y en desórden,  
Cunde el terror en las hispanas filas  
É infame desaliento las recorre.

Queda tan solo á salvacion la fuga  
Y en ella todos la esperanza ponen;  
Menos Cortés, que en el subido temple  
Es casi un semidios, es mas que un hombre.

Lanzando sus miradas abrasantes  
Doquier se flaqueaba, con razones,  
Con súplicas, con ruegos, con su ejemplo  
Y á veces con amargas reprensiones,

Lograba apenas sostener la pugna  
En retirada con decoro y órden.  
El azteca triunfante no se cura  
Ni del fuego mortífero del bronce,

Que al vomitar sus frascos de metralla  
En cadáveres torna sus legiones;  
Ni de los piés de los corceles bélicos  
Que en escuadron las huellan y las rompen;

Ni del fuego que abrasa sus hogares,  
Ni de las rotas aras de sus dioses,  
Ni del guerrero que tendido yace  
Junto al que hundió en su seno el frio estoque,

Ni de la herida de su mismo pecho  
De do brota la sangre á borbotones....  
Solo el ansia del triunfo, de la gloria,  
Mueve su planta, su existencia absorve.

Y en pos corriendo del hispano prófugo,  
El paso firme, la presencia noble,  
Coronado de plumas esmaltadas  
Y orlados los cabellos de cordones

Que atestiguan los triunfos de cien lides  
Donde supiera conquistar renombre,  
Es el azteca el tipo de una raza  
Que al dios marcial sobre sus aras pone.

En el principio de su triunfo efímero,  
Cortés llegara á vastos provedores  
Do se acopiaban abundantes víveres  
De los que al punto á abastecerse acorre.

Mas á tan poco el tiempo le bastara,  
Que, al tornar al recinto que marcóle  
Con dedo recto la inflexible suerte,  
Su alma de diamante consternóse.

¡Vé la lívida imágen de la hambre!  
Uno entre tantos fúnebres terrores  
De penurias y riesgos que le amagan,  
Como la audaz empresa no abandone.



Se estremece por fin, por fin doblega  
La erguida frente el altanero roble,  
Por fin se rinde al quebradizo limo  
El altanero espíritu del hombre.

Y en su angustia, con pasos gigantados  
Se paseaba en todas direcciones,  
Cual poseído á quien doquier acosan  
Sombras terribles de presencia informe.

Cincuenta muertos! sobre cien heridos,  
Contando solo ibéricos peones....  
Y tres mil aliados tlaxcaltecas  
Muertos tambien!.... amargas reflexiones!

Luctuosas ideas que gravitan  
Sobre su frente como peso enorme.  
=Hay otro pensamiento que le agovia:  
Ha seguido de cerca al bravo jóven

Al hijo del anciano Xicoténcatl,  
Aquel príncipe amigo.... y sus acciones  
Son un enigma que á soltar no alcanza,  
Son un misterio que su mente absorve.

No es cobarde; porque en lisa pugna  
A él mismo venció, cuando la noche  
Tendiendo el manto entre ambos combatientes.  
De su cruda venganza libertóle.

Empeño, á este caudillo poderoso  
Le ha visto en las jornadas posteriores  
Cruzar los brazos sobre el fuerte pecho  
En medio las matanzas mas atroces,

Sin curarse de riesgos inminentes  
Al chocarse legiones con legiones;  
Mas siempre triste, lento, misterioso,  
No ya fogoso cual le vió allá entonces.

¡ Es que en su pecho aún germina el odio  
Que confesó tenerle á faz del orbe  
En el senado augusto de Tlaxcállam,  
Cuando tronó su voz, como en el bosque,

Al sacudir los cedros seculares,  
La voz de los airados aquilones?  
¡ Y es esto nada mas! ó es que alimenta  
Las mas emponzoñadas intenciones,

Y conspira en secreto, retardándose  
Porque venganza mas cumplida tome?...  
" Como quiera que sea," Cortés exclama,  
" Perezca!... y cese la inquietud de un golpe.

" Mas ya sin el auxilio de sus armas,  
" En aquestas vastísimas regiones  
" Donde cada habitante es un guerrero,  
" ¡ Qué será de los tercios españoles!



“ Y adoran tanto á este fatal caudillo  
 “ Sus súbditos leales! . . . . que si al borde  
 “ Está el hispano de la tumba, ahora,  
 “ Su entera ruina consumara, entonces.

“ ¡ Y deberé aguardar á la venganza  
 “ Del engreido tlaxcalteca, acorde,  
 “ Tal vez, con los triunfantes mexicanos  
 Para inmolar me entrambos á sus dioses? ”

Esto decia, y su abrasada frente  
 Gotas brotaba de sudor, enormes.  
 Y crispados sus miembros, desnudaba  
 A suicidarse el homicida estoque.

En tal angustia, por su dicha acaso,  
 Entra Diego de Ordaz, que reconoce  
 En el rostro inmutado del caudillo  
 La imágen espantosa que le absorve.

Y le habla, de gloria, de venganzas,  
 De orgullo, de tesoros, de renombre,  
 Y: “ salgamos por hoy, ” añade, “ prófugos,  
 “ Si necesario fuere, de la corte;

“ Mas salgamos: por hoy sacrifiquemos  
 “ El orgullo español. Nuestros pendones  
 “ Ruborizados pleguen por un día  
 “ Sus altaneras fajas de colores. . . . ”<sup>63</sup>

“ Y acaso luzca un sol que los alumbre  
 “ Cuando triunfantes, con desden tremolen  
 “ En los ricos palacios de Cuitláhuac. . . .  
 En la estension sin fin de sus regiones! ” . . . .

— Helado el lirio, la angustiada frente  
 Inclina triste, recojiendo el broche:  
 Mas recibió en su cáliz una gota  
 De rocío dulcísimo, que envióle

El que le vela mas allá del éter,  
 El que llama sus hijas á las flores;  
 Y el lirio se levanta, abre sus pétalos,  
 Y el perfume recobra, y los colores.

— Así de Ordaz en las palabras mágicas  
 Bebe aliento el caudillo, se repone,  
 Y de nuevo encendiéndose sus ojos  
 Irradian en su íris como soles.

“ Pero me explica, ” continúa, “ oh amigo,  
 “ Qué esperas, qué calculas, qué dispones?  
 “ Cómo un puñado á sojuzgar bastara  
 Un hemisferio del terrestre orbe? ”

— “ Capitan, ” le replica el confidente,  
 “ Tú solo bastas si mis planes oyes: —  
 “ *Arrastran, pero muerden la cadena*  
 “ *Cien y cien tribus, pueblos y naciones* ” 23



“ *A quienes esta raza de guerreros,  
Sangrientos mas que tigres y leones,  
Impuso yugo férreo, apellidándose  
De los vencidos únicos señores.* ”

“ *Levántense estas razas, y en el valle  
En aluvion terrible se desborden,  
Y al Anáhuac envuelvan y á su orgullo,  
Sus guerreros, sus glorias y sus dioses.* ”

A proporcion que Ordaz desenvolvía  
Esta infame política, feroces,  
En sus órbitas cóncavas giraban,  
Los ojos del caudillo, brilladores.

—“ Solo te resta,” oh inagotable ingenio,  
Con dulzura y bondad interrumpióle,  
“ El dia señalar, la hora, el modo  
De la partida consumir en órden.”

Diego de Ordaz, tras vacilante pausa,  
Con semblante apacible le responde:  
“ Tuyo soy, oh caudillo, aquesta espada  
“ Esgrimiré doquiera por tu nombre;

“ Empero nunca dictará mi mente  
“ Medidas cuyo éxito no toque.  
“ Convoca á los caudillos, si te place,  
“ Y si están sus espíritus acordes,

Decidirte podrás: así salvando  
La responsiva en riesgo tan enorme.  
=Asintiendo el caudillo en las ideas,  
A reunir á los gefes da sus órdenes,

Y aun á algunos soldados que le deben  
Concepto de tener agudas dotes;  
Entre los cuales se contó á Botello,  
Beodo de costumbre, con honores

De profeta, agorero y saltimbanco.  
Entre sus camaradas, que de noche  
Al fogon del vivac le rodeaban  
A escuchar las patrañas mas atroces,

Sobre trasgos, fantasmas, hechiceras,  
Brujas, muertos, y diablos saltadores;  
En promiscuo espantoso con zahoríes,  
Santos, mitología, apariciones.”

Tambien se diera asiento en la asamblea  
A Olmedo, el venerando sacerdote:  
Y el consejo reunido, y el asunto  
Fijado, la consulta comenzóse.

Algunos opinaban “ que se diese  
Aun otra carga postrimera, en donde  
Al retirarse, á conquistar tornasen  
El antiguo prestigio de su nombre.”



Algunos, al contrario, "no querian  
Comprometer los tercios españoles,  
Ya demasiado débiles acaso,  
A provocar tan bélicas legiones."

Olmedo, mas prudente, aconsejaba,  
Disentiendo de entrambas pretensiones,  
"Que se hiciesen propuestas á Cuitláhuac  
En la promesa de dejar la corte,

Con tal que no, en su tránsito pacífico  
Turbase á los iberos batallones."  
—En medio estos contrarios pareceres,  
Con gravedad Botello levantóse,

Tomó á Cortés las manos; vió sus rayas;  
Contó despues algunas pulsaciones,  
Y murmurando ensalmos misteriosos,  
Saliendo á contemplar, ya los colores

E intensidad del brillo de los astros,  
Ya el orto ú el poniente, el sud ó norte,  
Prorumpo al fin: "Caudillo, tus reales  
"Alza en mitad de la callada noche,"<sup>64</sup>

"Cuando en los brazos mágicos del sueño  
"El azteca se olvida de blasones,  
"Gloria, laureles, libertad y patria,  
Familia, hogares, religion y dioses."

Un general aplauso respondiera  
A tan feliz idea, que aprobóse  
El ingenio exaltando del beodo,  
Hasta el rango llegar de *grande hombre*

En opinion de aquellos que, apostarlas  
Con él pudieran en lo necio y torpe.  
Tan solo el padre Olmedo se quedara  
Sumergido en confusas reflexiones,

No pudiendo explicar: "cómo el caudillo  
Que su fé blasona, ciego adopte  
Aquellos sortilegios astrológicos  
Y ridículas prácticas, sin nombre."

Empero, prevalece tal dictámen;  
Y la marcha, por último, emplazóse  
Para el momento en que la esfera llegue  
A la mitad de la siguiente noche.

=Se disolvió la junta; y entre tanto  
Siguió ese globo cóncavo, ese orbe  
De azul cristal, con sus planetas vívidos  
Y su plancha de plata, y sus vapores,

Y sus fijas estrellas perennales,  
Del Hacedor magníficos blandones:  
Girando en obediencia del impulso  
Que *un dedo* imprime á su rotunda mole.